

Heide LAUTER-BUFE, *Die Geschichte des sikeliotisch-korinthischen Kapitells. Der sogenannte italisch-republikanische Typus*, Mainz am Rhein, 1987, 105 pp., 48 láms.

Dentro del ámbito de la decoración arquitectónica ha sido publicada recientemente esta monografía dedicada al estudio del capitel corintio-italico. El trabajo ofrece gran interés ya que incluye la mayor parte de los capiteles corintio-italicos conocidos para, a partir de un detallado y exhaustivo análisis de los mismos, trazar una historia evolutiva de esta modalidad de capitel, en la que se precisa su origen siciliano y se analizan las principales influencias morfológicas y estilísticas que confluyen tanto en su formación como en su desarrollo posterior. Esta historia evolutiva se ha podido llevar a cabo, según señala la autora, porque las piezas objeto de estudio muestran diferentes puntos de referencia que posibilitan una seriación cronológica.

El estudio comienza con una pequeña introducción en la que se precisa la denominación de este tipo de capitel, prefiriéndose el término *siciliano* o *siciliota-corintio* —teniendo en cuenta su origen sículo— en lugar del tradicional corintio-italico. A continuación se refiere a su desarrollo y evolución desde su origen, en el temprano helenismo, hasta su disolución formal en el s. I a. de C., para indicar después los elementos mas característicos, haciendo hincapié en aquellos que le diferencian del capitel corintio-italico. No se menciona ahí un artículo de S. De Maria, quien al tratar del corintio-italico en Italia septentrional, esboza un amplio panorama de esta modalidad de capitel, analizando detalladamente su origen y las diferentes hipótesis que se barajan al respecto, prestando gran atención, precisamente, a la tesis siciliana de Delbrück; este autor incide asimismo en las peculiaridades formales y estilísticas de la forma siciliana a la vez que señala como ciertos elementos le acercan también al modelo del Tholos de Epidauro y define los rasgos típicos del corintio-italico. Igualmente aborda el problema cronológico señalando los pasos fundamentales de este desarrollo mediante ejemplares característicos de cada momento, sin faltar referencias a piezas problemáticas, los capiteles de Ptolemais por ejemplo, recogidos también por Lauter, para concluir con el área de dispersión del corintio-italico en la que se incluyen igualmente diversos ejemplares de la Galia y de Hispania. En fin, resulta sorprendente que tocando ambos autores aspectos tan próximos el artículo de De Maria no aparezca mencionado.

El capítulo II se dedica a un examen pormenorizado, quizá demasiado detallado en algunas ocasiones, de las 226 piezas que integran el catálogo. La ordenación se realiza tanto desde un punto de vista cronológico como formal, ya que se agrupan según los rasgos específicos que caracterizan a cada grupo y que serán objeto de estudio en el capítulo siguiente en mayor profundidad. Además de la descripción correspondiente acompañan a cada pieza los datos relativos a su lugar de origen, conservación, medidas, etc., así como la bibliografía y la comparación con piezas afines.

El núcleo fundamental del trabajo se encuentra, por tanto, en el capítulo III, en el que se aborda la historia formal del corintio-italico y se precisan cuales han sido los influjos que inciden en cada fase de su formación y desarrollo para señalar finalmente las distintas variantes regionales que se originan a partir del primitivo modelo. En primer lugar se plantea el origen de la forma aludiendo someramente a las diferentes hipótesis que se barajan sobre ésta (Kähler origen alejandrino para el acanto mole; Cocco el mismo origen para todo el tipo; Albizzati influencia etrusca en su formación y, finalmente, Ronczewski, quien aboga por un origen campano). Para la autora habría que diferenciar claramente dos zonas: por un lado Sicilia con el N. de Africa y S. de Italia y, por otro, una zona de irradiación hacia el centro y N. de Italia, fijando en Sicilia su lugar de origen puesto que aquí se encuentran las formas más antiguas.

En la fase más antigua, —último tercio del s. IV a. de C.— se manifiesta una cierta dependencia tanto del tipo tarentino como del modelo del Tholos de Epidauro

a los que hay que añadir los rasgos específicos sicilianos, dando lugar todo ello a la creación de un tipo característico, con una serie de peculiaridades, visibles ya en estos primeros capiteles, aun cuando desde un punto de vista estilístico y tectónico están aún en una fase muy primitiva, de experimentación; sin embargo, dichos elementos no van a variar en profundidad a lo largo de toda la historia del corintio-itélico.

En un momento posterior —tercer decenio del s. III— el capitel corintio-itélico encuentra su consolidación formal —tal y como se aprecia en un ejemplar de Noto— con una perfecta combinación de los elementos tectónicos con los puramente decorativos, siguiendo el modelo de Epiadauro y habiéndose unido ya en su formación las dos tendencias: la de Epiadauro y la propia siciliana. Un elemento clave de datación es el acanto en el sentido de una evolución tanto estilística como formal en un proceso continuado hacia la abstracción.

En la fase tardía —segunda mitad del s. III— además de una evolución puramente estilística se constatan también cambios en la estructura tectónica —resalte de la parte superior del kálatos, acortamiento de la zona de las volutas, fuerte plasticidad en las hojas que acompañan a las hélices, etc.—. A este mismo momento corresponden los ejemplares más antiguos siciliano-corintios del continente, hecho que se relaciona con la destrucción de Siracusa y la marcha de artesanos hacia el S. de Italia. Este último periodo se prolongará hasta el 180 a. C. A partir de entonces en Italia el desarrollo del corintio-itélico sufre un proceso regional de formación propia que servirá para diferenciar de ahora en adelante los tipos latinos y los campanos. Al margen de estas variantes sicilianas en suelo itálico hay otra modalidad en el N. de Africa con un rasgo peculiar como es la perfección y la tendencia a la sobreabundancia en la decoración.

Los capiteles campanos (Pompeya, Paestum y Pietra Abondante) representan así un estadio más avanzado y constituyen una adaptación regional del modelo siciliano. A lo largo de su existencia se aprecian diversas transformaciones que afectan sobre todo a la forma de la hoja, diferenciándose así de los capiteles del Lacio. Desde la mitad del siglo el Lacio y Campania constituirán dos regiones estilísticas separadas, con divergencias fundamentales en la formación del acanto. La cima del desarrollo del capitel campano lo constituyen los capiteles de la Basílica de Pompeya, en los que es evidente una total independencia tanto de las formas sicilianas como de las del Lacio. A la hora de seguir la secuencia cronológica y estilística sigue siendo clave el acanto, que se enriquece con formas trilobuladas y evoluciona hasta mostrar una configuración diferente, con formas más carnosas y más vivas, y una organización que le diferencia de los anteriores. Como hitos cronológicos de este proceso evolutivo se pueden señalar los capiteles de la Basílica —entre el 140 y el 110—, los del Templo de Apolo —110-100— y, como punto más bajo de referencia, la arquitectura privada a partir de la conquista de Sila —89 a. de C.—, momento en el que hay que contar ya con la presencia del corintio normal. A la fase final de esta modalidad campana corresponde también un capitel del Museo de Tarragona, lo que probaría la existencia de un taller campano en las provincias occidentales a fines del s. II a. de C. o comienzos del s. I. a. de C.; otros ejemplos, más tardíos, se constatan además en Saint Remy, a los que hay que considerar, tal y como señala la autora en el catálogo, no como capiteles corintio-itélicos en sentido estricto, sino como una variante en la que se mezclan elementos propios del corintio-itélico y del corintio normal.

Desde la mitad del s. II a. de C. se encuentran también en el Lacio capiteles siciliano-corintios, haciendo referencia el término «latino» a su lugar de procedencia (Roma, Tivoli, Praeneste). En el momento inicial están bajo influjo siliciano para ir paulatinamente constituyendo una forma propia, independiente tanto de Sicilia como de Campania, y poniendo un mayor acento en lo ornamental. Como pautas cronológicas se consideran, además de las transformaciones en el acanto, las particularidades tectónicas visibles en la configuración del ábaco, que pasará de ser

un auténtico elemento constructivo a una simple línea óptica de separación de los motivos decorativos, y en las volutas, que perderán su carácter de elemento sustentante. La cronología de este grupo se sitúa entre el 180 y el 110 a. de C., siendo las piezas más antiguas las de Palestrina, próximas aún al grupo siciliota. Hasta la mitad del s. II a. de C. el corintio-italico sufre el mismo proceso de transformación en todos los ámbitos; sin embargo, a partir de ese momento hay una disociación de acuerdo con las diferentes representaciones formales y adaptaciones del tipo. El fin del corintio-italico en Italia central se sitúa a lo largo del s. I a. de C.

En el último capítulo se hace referencia al peso de la tradición siciliota e italiota en la formación del capitel. Señala, así, cómo Sicilia adopta el capitel corintio en un momento relativamente tardío —último cuarto del s. IV a. de C.— y relaciona este hecho con la recuperación de Sicilia bajo Timoleón. En un primer momento, los capiteles sicilianos se ajustan a los tarentinos para en una fase más avanzada seguir el esquema de Epidauro, que se enriquece con las experiencias tomadas de la tradición y los aportes locales. Con Hieron II, Siracusa aumenta su prestigio, lo que incidirá en la arquitectura y las artes en general, que experimentarán un gran florecimiento. A partir del s. III es cuando el capitel siciliano-corintio supera el ámbito siciliano alcanzando Malta, Reggio y Lokri, siendo este último lugar la zona más antigua de influencia siracusana; sin embargo, en Thurioi no se encuentra esta modalidad de capitel, lo que prueba que estaba bajo el área de acción de Tarento; por lo tanto, en el s. III el capitel siciliota y el tarentino se encuentran encerrados en sus propios ámbitos culturales, existiendo en estos momentos dos tipos de capitel que, aunque corintios, difieren enormemente en forma y en esencia. A partir del 200 el capitel siciliota rebasa el área de influencia apuntada hasta lograr gran popularidad en torno a la mitad del siglo, con su núcleo principal en la zona del Lacio y de Campania, y llegar desde aquí a otras ciudades de la Cisalpina, quedando Etruria curiosamente fuera. Como causa de esta expansión se supone la destrucción de Siracusa, el 212, y la consiguiente emigración de artesanos y talleres hacia Italia central, donde no solo se implanta el siciliano-corintio sino también una modalidad siciliota de capitel jónico diagonal. En Italia central el corintio-italico choca con una tradición italiota más antigua, influyéndose mutuamente ambas formas y dando lugar en Etruria y en Apulia al capitel con cabezas, que mantendrá hasta comienzos del s. II a. de C. su aspecto tarentino; la influencia siciliana quedará reflejada en la corona de hojas, que ocupará aproximadamente la mitad del kálatos, y en la utilización del acanto mole. Esta tradición italiota junto a una mayor perfección se encuentra también en Pompeya en algunos capiteles con bustos y con volutas en S. En el Mediterráneo oriental se constatan capiteles corintio-italicos y otras formas de capitel en el s. III, como prueban las relaciones existentes entre Egipto y Siracusa y los capiteles de Alejandría; sin embargo, las piezas de Ptolemais y de Creta son más recientes y no se sabe si obedecen a las relaciones con Sicilia o con la propia Roma.

A continuación la autora pasa a analizar las diferentes representaciones de capiteles en la pintura mural del II estilo, indicando como existe un predominio del orden corintio sobre el dórico y el jónico. Diferencia cinco tipos que responden todos ellos a formas arquitectónicas reales, si bien con el paso del tiempo se van haciendo más fantásticas. Señala como dato sorprendente la abundancia de capiteles con cabezas y el hecho de que el capitel corintio-italico no aparezca documentado; en lo que al primer caso respecta, se explica porque los pintores trabajan sobre el fondo de una tradición pictórica heredada, en la que confluyen elementos tanto tarentinos como suritalicos, no utilizando las formas más modernas sino, por el contrario, las que ya se consideraban anticuadas; el único tipo de capitel contemporáneo utilizado en la pintura es el corintio normal. La causa de la no representación del corintio-italico estaría en que esta forma habría comenzado a desaparecer en Roma y alrededores, ya a comienzos del s. II, en competencia con el corintio normal, si bien hay que hacer notar que en Campania y sobre todo en Pompeya es el tipo de capitel

más extendido. Se incide, por tanto, en este último capítulo sobre el peso específico de los componentes siciliotas e italiotas en la formación del corintio-italico, señalando la contraposición de estas dos tendencias y como cada una de ellas logra dominar en un terreno determinado; así, en las formas arquitectónicas reales lo siciliota es lo dominante, sobrepasando su propio ámbito geográfico y llegando a Italia central, donde se impone a las corrientes estilísticas anteriores, mientras que en la pintura arquitectónica lo que predomina es lo tarentino-italiota frente a lo siciliota; en este caso habría que hablar de un mayor conservadurismo y un cierto respecto a la tradición, a lo que habría que añadir el hecho de que los pintores trabajan sobre un fondo heredado; así lo siciliota sería lo nuevo, mientras que lo italiota representaría a la tradición anterior.

El libro de Lauter, aún cuando insiste de nuevo sobre aspectos tratados con anterioridad por otros autores —el origen del corintio-italico— e incluye piezas sobradamente conocidas y estudiadas —los capiteles de Pompeya, por ejemplo—, no deja por ello de perder interés, ya que viene a completar y en buena medida a superar los estudios que se habían realizado hasta ahora sobre el corintio-italico. La autora no se para en una simple historia evolutiva, sino que analiza y valora en cada momento cual ha sido el peso que cada uno de los componentes —tarentino, siciliota, Epidauro— ha tenido en la formación y desarrollo posterior del capitel siciliano-corintio. El estudio no se limita tampoco al territorio siciliano, sino que incluye también aquellas piezas corintio-italicas que están dentro de la esfera de acción siciliana, como es el caso de Campania, el Lacio o el N. de Africa, proporcionando asimismo una visión global tanto cronológica como territorial del corintio-italico.—
M.^a ANGELES GUTIERREZ BEHEMERID.

Archaische und klassische Plastik. Akten des Internationalen Kolloquiums vom 22-25 April 1985 1985 in Athen, I, Archaische griechische Plastik, Mainz, von Zabern, 1986, 49, VI-254 pp. LXXV lams., III despleables.

Estos dos volúmenes recogen los textos presentados a la reunión celebrada en el Instituto Arqueológico Germánico de Atenas durante la primavera de 1985. Asistieron a la misma investigadores de los diferentes países que tienen escuelas de arqueología en Atenas y un numeroso grupo de investigadores griegos. Entre los participantes no figura ningún investigador español lo cual no nos hace mucho honor pero tiene difícil arreglo. Mientras España no disponga de una escuela de arqueología en Atenas difícilmente se formaran los especialistas y tras lo sucedido con nuestra escuela de Roma parece fantasía pensar que las cosas puedan ir mejor en Atenas.

Este coloquio parece señalar además la oficialización del griego como lengua científica. No solo los investigadores griegos sino también los italianos, como Beschi o Palagia, han utilizado esta lengua. Algunas piezas, p. e. el «joven de Motya», la reconstrucción del frontón del templo de Apolo Sosiano, los bronces de Porticello o la interpretación de Beschi sobre el friso del Parthenon, han sido dadas a conocer anteriormente y en otros lugares pero a pesar de ello la documentación, y el intercambio de ideas, reunida es impresionante. Una nueva koré de Erytha, conservada en el Museo de Esmirna puede ser considerada como merecedora de figurar, de ahora en adelante, en cualquier manual y lo mismo puede decirse del nuevo kouros de Samos. La publicación de la reconstrucción del frontón W. de templo arcaico de Apolo en Egina ha precedido en poco al estudio detallado del mismo. Caso distinto es el de los fragmentos frontonales del templo de Apolo Daphnephoros en Eretria, o el segundo Athenaion de Delfos estudiado por Themelis, en lo referente a la escultura arcaica.

El «joven de Mothya», que se identifica ya con un auriga, abre el segundo volumen. Naxos ofrece fragmentos de metopas con escenas de Centauromaquia. La